

nocidos; con lo cual se demuestra cuánto han llamado la atención por extraordinarios; y en efecto ningún pintor de género en nuestro siglo cobró, como él, 90,000 francos por un solo cuadro (*El Jardín de los poetas*), 70,000 le valió la *Vicaría*, 40,000 *el Ayuntamiento viejo de Granada*, 75,000 le ofrecieron por la *Playa de Pórtici*, vendida luego en menos; Goupil le prometía 450,000, hallándose en Granada, por las obras que por entonces había empezado Fortuny. Y así de muchas otras, pagadas también á buen precio aunque menor.



XIX.

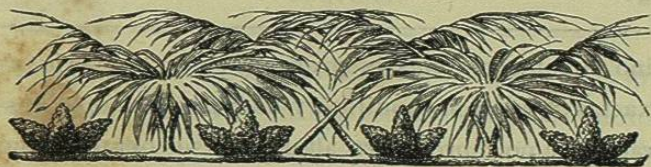
A la vuelta de Pórtici, el 1.º de noviembre, y después de su reinstalación en Roma, el 6 del propio mes, Fortuny se sintió atacado de la enfermedad que le llevó en pocos días al sepulcro. El 14 se acostó para no levantarse más, y falleció el 21 (noviembre 1874) á las seis de la tarde. Atribuyóse generalmente su muerte á un ataque de fiebres perniciosas, contraídas con la permanencia al aire libre, durante días enteros, hasta la hora del crepúsculo, aplicado en trabajar en sitio cercano al Tíber y en terreno húmedo aún de resultas de las torrenciales lluvias de la semana anterior. Complicaron la enfermedad unas úlceras incurables en el estómago.

Llega un momento para el biógrafo en que la série

de laboriosas investigaciones sobre la vida de su héroe, la lectura asidua de cuanto le atañe, la contemplación de sus obras y de su carrera, engendran en el ánimo vivas simpatías hacia él, y establecen, por decirlo así, vínculos de amistad puramente ideales. No importa que ninguna relación personal haya mediado entre ambos; no importa que las noticias que del héroe se tienen, sean incompletas para juzgar su carácter privado, como lo serán en todos tiempos las que se refieran á la vida pública y han de ver la luz en letras de molde; nada importa; nace el cariño, surge el interés, la imaginación se empeña en perfilar y acabar el retrato moral de aquel con quien se ha vivido en comunicación constante, mientras duró la grata tarea de trazar su biografía. Si su genio es de tal naturaleza como fué el de Fortuny, difícil é ingrato sustraerse á su prestigio. ¿Quién no se complace en admirar los dones con que Dios favorece á unos pocos? ¿Quién no se siente engrandecido con esta admiración, como si le elevara, si no al nivel, junto al trono del admirado? Si la felicidad y la fortuna acogen al genio, como acogieron á Fortuny, esta admiración sube de punto; que siendo más común en la vida la necesidad de la compasión y el auxilio, el alma se espacia y ensancha con la dulce satisfacción de poder envidiar noblemente la dicha. Y cuando ésta parece premio merecido, no ga-

lardon injusto y ciego y casual, recompensa del talento que hizo amable la vida, y fomentó el gusto y la cultura, como sucede con Fortuny, la simpatía, la admiración, el cariño, crecen hasta rayar en el entusiasmo, tan grato y dulce al alma. Por esto, cuando se interrumpe súbitamente la serie de investigaciones que á partir de la cuna, seguían paralelas á los actos realizados por el hombre ilustre, cuando las interrumpe una breve página, un simple hecho, su muerte, se detiene la pluma, y cae sobre el papel una lágrima, cual si aquella noticia se refiriera á un amigo íntimo, á un ser idolatrado.

Su muerte es el único hecho doloroso que consigna la biografía de Fortuny, que trae en cada una de sus páginas el recuerdo de un triunfo, y en cada uno de sus capítulos datos bastantes para trazar los más risueños cuadros de ventura; que le ofrece á la imaginación tan singularmente favorecido que á los dotes del alma unía la hermosura del cuerpo, gallarda presencia y bellas facciones, y al talento y la riqueza, la juventud y la esperanza, pues murió cuando contaba treinta y seis años y el arte podía esperar de él las mejores obras; las de la madurez del genio.



XX.

UA noticia de su fallecimiento causó en Roma y en el mundo artístico sensación profunda; su entierro fué un espectáculo para aquella ciudad. Asistieron á él los más distinguidos pintores sus amigos; llevaban los cordones del féretro, el síndico de Roma, el embajador de España, los Directores de las Academias de Francia y Nápoles. Se habia colocado en el ataud junto á su cádaver, una paleta y unos pinceles, un vaciado en yeso de su mano derecha, y su último trabajo á pluma de la mascarilla de Beethoven; fué enterrado en el cementerio de *San Lorenzo fuori*.

Bién pronto circularon por todos los periódicos y revistas del mundo, no sólo la noticia de su muerte,

sino cuantas noticias, biográficas, en su mayoría inexactas, pudieron reunirse, y no hubo periódico ilustrado que no reprodujera alguna de sus obras, y que no dedicara al pintor catalan los más vivos elogios, las más inusitadas aclamaciones y muestras de dolor por su repentina é inesperada pérdida; jamás en lo que vá de siglo, se satisfizo tan completamente la curiosidad del público, al cual llegaba el nombre de Fortuny repetido una y otra vez por los ecos de la fama.

Reus, que vió nacer al hombre, y París, que vió la primera aparicion famosa del artista, presenciaron tambien los dos últimos acontecimientos con que se cerró aquel periodo de glorificación.

En París, y en el Hôtel Drouot, celébrase la venta de sus obras póstumas, y de su museo, durante los últimos dias del abril de 1875; y bastará decir, para que se vea cuál fué el afecto que inspiraba su memoria; que su cuadro la *Playa de Pórtici* se vendió en 49,000 francos, su estudio *Dos niños en un salon japonés* en 30,500, el magnífico casco que poseía en 12,000, y el vaso morisco en 30,000 francos, por no citar sino estos guarismos.

En Reus, su patria, se forma una comision para erigir un monumento á su memoria, poco despues de su fallecimiento, y se gestiona con éxito la traslacion del corazon del artista á la ciudad natal. Verificóse

esta ceremonia el 1.º de diciembre de 1876, con gran pompa y aparato, y en ella tomaron parte las autoridades todas y un inmenso gentío. D. Pedro de Madrazo, que la describe con curiosos pormenores en un artículo publicado á raiz del suceso en la *Ilustracion española y americana*, compárala á las exequias de los artistas de la Edad Media «segun solian verificarlas las asociaciones á que pertenecian, principalmente en Italia y Flandes,» porque, en efecto, impresionaba el ánimo por su novedad y los caracteres solemnes de que iba revestida, aquella pública demostracion de cariño dirigida por sus compatriotas á quien dió nuevo lustre á la patria, y la engrandecié con su valía.

Su corazon, encerrado convenientemente dentro de una caja de plata, y en una urna de cristal, fué depositado en el hueco abierto en uno de los muros de la capilla consagrada al Santísimo Sacramento de la Iglesia parroquial de San Pedro; ciérralo una sencilla lápida de mármol blanco, labrada por el escultor don Juan Roig, el amigo y condiscípulo de Fortuny en su infancia. El busto del pintor, en alto relieve, ocupa la parte superior, y debajo de ella se lee en caracteres latinos la inscripcion siguiente, debida al poeta don Mariano Font: *Depósito del corazon de Fortuny; dió el alma al cielo, su fama al mundo, el corazon á su patria.*



XXI.

RESUMAMOS.

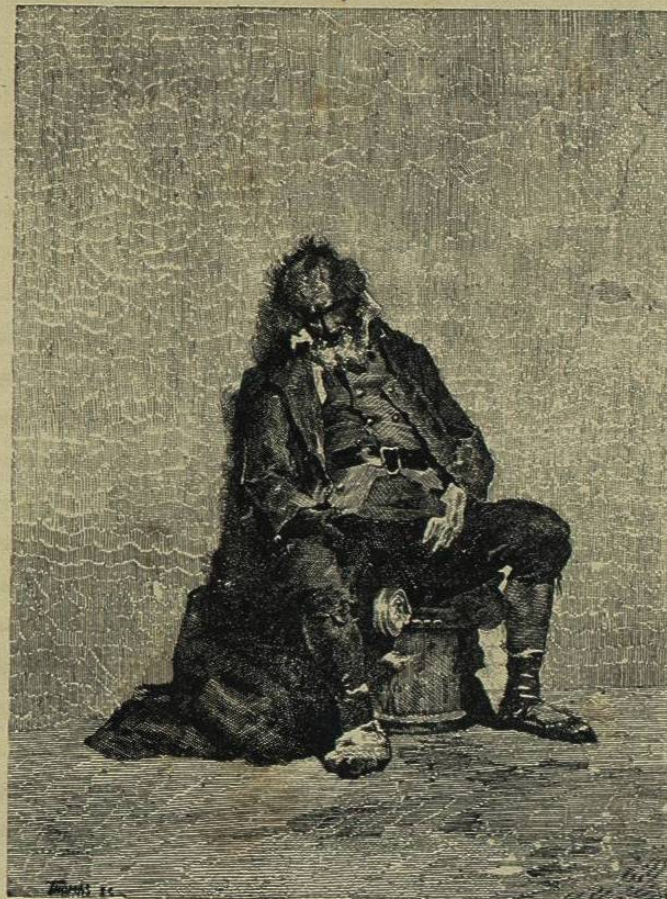
Fortuny es el idealizador de la materia; el poeta de lo inanimado. A lo inanimado infundió un alma, y olvidó infundir á la del hombre la pasión. Los personajes que figuran en sus cuadros, apenas hacen otra cosa que figurar en ellos; no se mueven ni accionan. Aunque rebosan exuberante vida, aunque vaciados con destreza en su caliente molde, el instante en que el pintor los ha sorprendido es un instante trivial, comun, sereno, durante el cual no llamea en su rostro el fuego de la pasión, ni mueve su brazo la voluntad, ni en la atmósfera dramática del alma, gozan, lloran, sufren, retozan, aman, viven, en una palabra. Lejos de esto; ó presencian algo, ó

están en pié sin hacer nada. Ora son dos aficionados que hojean un álbum de estampas, ora unos bibliófilos que leen; ó bien árabes tendidos en medio de la calle, en la penumbra de un arco, ó entretenidos en dar de comer á un buitre, á unas serpientes. Acá un grupo de académicos contemplando una mujer; allá unas máscaras conversando; un almuerzo; bañistas en la playa; caballeros tirando el florete. Si el personaje es único, tampoco revela apenas otro designio que el de lucir su figura, como el propio modelo á la vista del pintor. ¿Se halla nunca en su obra, una sola mujer que llore, una niña que sonría amorosa, un hombre que ruegue, un anciano que aconseje, un caballero armado que riña, un sér, en fin, que manifieste los afectos del ánimo en la vida de relacion? ¿El asunto es nunca cómico ó dramático, picaresco ó sentimental, sublime como la tragedia, intencionado y maleante como el sainete? Raras veces. Ni una pendencia, ni una despedida, ni una reconciliacion entre amantes, ni una travesura de muchachos; nada de lo que suele ofrecer al pintor asunto para sus composiciones, sorprendiendo escenas sueltas del variadísimo y múltiple drama humano.

Aún en los pocos en que aparece alguna intencion, no se manifiesta tan clara que pueda atribuirse á su autor sin algunas dudas, sin que quepa sospechar si

la imaginacion del crítico recompone el asunto y le interpreta á su modo. Así la *Vicaria* sugirió la que podríamos llamar hablilla de comadre sobre las circunstancias con que se celebraba la boda; así suponemos que se ofrece en ella un cuadro de costumbres que describen toda una época. En la *Procesion disuelta por la lluvia*, vieron algunos cierta intencion volteriana que quizás no existió en la mente del autor, deseoso tan sólo de presentar una escena animada y original. En el *Entierro en Granada*, gran lienzo que dejó sin concluir y quizás el que menos se parece á los que comunmente pintaba, es manifiesto el contraste entre las locuras mundanales y la muerte; figura á un lado el séquito de un entierro, y á otro, un grupo de máscaras. Pero fuera de estos cuadros, — é inútil es decir aquí que su pensamiento no deja de ser bastante trivial, — fuera de estos cuadros, ¿sobre cuáles podrá escribirse por lo menos un par de cuartillas, explicando su *argumento* — si vale la frase — y sacando de él algun cuentecillo, algun concepto dramático, etc., etc.? De ninguno. La descripcion de las composiciones de Fortuny puede hacerse breve y sencillamente, y si otro género de poesía no las animara, sólo las bellezas de la pintura como pintura ocuparian al crítico, quien fuera de ellas no hallaria ocasion para el más ligero comentario.

No parece, pues, la pasión del hombre, ni muestra nunca el pintor el propósito de sondearla, pero en cambio la figura humana, (el alma y el cuerpo, en su estado de reposo) se presenta en su vasta galería estudiada y reproducida de un modo magistral. Edad, sexo, condición, origen, naturaleza, cuanto imprime sello particular á la figura de cada individuo, sabe poner de manifiesto Fortuny con el conocimiento acertado, profundo y amplio de las formas que sólo poseen los grandes pintores. Dando de lado aquí á sus tipos berberiscos y árabes, es imposible admirarle menos en sus toreros, en sus personajes del siglo xvi, en sus académicos y *amateurs* graves y henchidos de pedantería, ó amables y sonrientes, de rostro avellanado y enjuto, de acicalado porte. Cada figura evoca una época y costumbres enteras, y parece diversa y distinta de las otras, como diversos y distintos son su origen, su cultura y su tiempo. No se dirían del mismo lápiz el *Contino* y el *Arcabucero*, ni los gitanos de Granada y las damiselas del *Carnaval*. ¡Compárense las estúpidas facciones del *Borracho*, con la venerable testa del *Viejo romano*, y se verá cómo sabe imprimir al rostro la huella de las cualidades del alma ó los estragos del vicio. ¡Qué gracia, qué elegancia, qué sobria morbidez de formas, qué caras tan lindas las de sus mujeres! Digamos por vía de paréntesis que éstas



Mendigo romano.

no figuran en la misma proporción que el sexo masculino en las obras de Fortuny. Diríase que siendo la mayoría de sus cuadros de costumbres árabes, como los mahometanos, rara vez permite que luzcan en público. Ni son menos notables la robustez y agilidad muscular de sus hombres, la finura de contornos de sus niños. Tal variedad de tipos, en suma, se halla en las obras de Fortuny, y tanto acierto en trazar sus rasgos característicos, que, como los más famosos dibujantes, realiza en el orden de la forma plástica, lo que los grandes escritores en el orden moral; muestra el hombre al hombre.

En torno á él, y cuando le ha vestido con el mayor lujo y riqueza, coloca Fortuny la naturaleza entera; esplendente y fastuosa corte de un monarca fastuoso; la luz, el color, las masas inertes de la arquitectura, la interminable serie de objetos suntuarios. Pero esta corte no es la de un rey absoluto, obediente y sumisa y relegada á humilde distancia, no; parece decirle como la nobleza de Aragon al suyo: *Nos que valemos tanto como vos, y juntos más que vos*. Porque en realidad el hombre, ya con su traje vistoso, ya con sus militares arreos, sus alamares ó bordados, es un objeto más, que armoniza con el plato de metálicos reflejos, el arca primorosa ó el tapiz persa. Vienen éstos, repito, á colocarse en torno suyo, viene la materia,

de la cual Fortuny estudia las líneas, como cuando copia la arquitectura, las líneas y el color, en la vegetación, y en los artefactos de las industrias suntuarias, y por fin su calidad, que nunca halló en el lienzo, más fiel, más concienzudo, más vivo traslado; el cuero, el hierro, la seda, el cristal, la lana, la piedra, el agua, el tejido de los vegetales, todo parece, todo se distingue, todo adquiere tal aspecto de verdad, que no sólo se ve, sino que se toca, se palpa. Sobre este mundo inanimado, extiende el pintor sus colores. Se halla al llegar aquí, en la región predilecta de su fantasía. Aquel hombre taciturno, abstraído, que, como de ingenio, parece desprovisto de imaginación, la posee tan viva, ardiente y fogosa, que sus manifestaciones seducen y fascinan á quien las contempla. Mas su imaginación forja ensueños de colores, si la de otros concibe dramáticos episodios y representaciones plásticas de grandes ideas. Como la del alucinado, se pinta sobre el negro fondo de las tinieblas, tintas y deslumbradoras entonaciones nunca vistas, ténues, delicadas, cual los flotantes y desasidos círculos de fuego que produce en la retina una fuerte presión. A veces, el color precede á la línea en sus concepciones. Extrañas manchas arrojadas al azar sobre el papel, le sugieren una combinación nueva y fantástica; traza sobre ellas algunos contornos, las funde y armoniza, y evoca de

aquel caos uno de sus ensueños, que, como tal, admira y pasma ejerciendo fascinación inexplicable. Poco le importan los más difíciles problemas, vuela á su encuentro y pone empeño especial en hallar su resolución, como si fuera el único fin de su arte. Agrupa los objetos y las figuras sujetándolas á estas preconcebidas combinaciones, y la presencia inexplicable de un hombre desnudo, de un animal, de un mueble, obedece en la mayoría de los casos á la secreta necesidad que le han impuesto aquellas. De la confusión heterogénea de diversas pinceladas saca inesperados efectos. Pero va más allá todavía; quiere arrebatarse al sol sus rayos, y al ambiente las más sutiles modificaciones que en las formas y el color introduce; se extasia en una palabra ante el mundo rutilante, iluminado por la llama de su inspiración peculiarísima, á ninguna otra parecida hasta ahora, que arguye más que la superioridad de su genio, su singularidad, y le señala al estudio como fenómeno interesantísimo y raro ejemplo de percepción, la más viva, la más enérgica é intensa, la más impresionable de nuestro siglo.

Quando ha bañado en esta arrobadora y chispeante atmósfera el conjunto, le infunde, decimos, alma y poesía especial. Con la mayor expansión y vivacidad y calor, traslada el natural al lienzo, y tanto se encarna con él, y tan vigorosa y enérgica es la copia que

su pintura se convierte en manantial de sensaciones. La luz de sus cuadros alegra con su claridad diáfana, ó sofoca con su exuberante difusion, y ciega los ojos, y esparce en torno sus ardores. El ambiente parece empapado en humedad, ó seco é irrespirable, ó suave y fresquisimo en la penumbra misteriosa de sus arboledas. Y como el profundo conocimiento de la perspectiva completa la ilusion, y los objetos no se ven, se palpan — decíamos — parece la menor de sus obras la apoteosis de la materia que surge fascinadora y cálida á impresionar, y arrebatat los sentidos. Pero dentro este naturalismo frenético, Fortuny idealiza las cosas, pintándolas más bellas de lo que son, y desdeña lo feo, y evita lo vulgar é innoble, tanto como gusta de lo exquisito, lo delicado. Se mantiene entre dos extremos, y esto singulariza sus obras y les presta mayores encantos. Porque su naturalismo va unido siempre á un elemento peculiar, propio del pintor; en la primera época, cierta aspiracion á fantasear, á envolver los grupos y figuras en atmósfera indefinible, semejante á la de los sueños; en la segunda, pureza de líneas intachables, elegancia de formas, rara distincion aristocrática y refinada; en la tercera, aún despojándose de las cualidades anteriores, queda un algo todavía que á la sensacion aúna el sentimiento. Lo dije tratando de sus copias de la ar-

quitectura; y puede decirse de los demas elementos reales; aquella luz, aquel ambiente recuerdan al ánimo penas y alegrías, y tienen misterio las sombras, y sonrisas el cielo, y atractivo irresistible los pintorescos sitios del *Almuerzo en Granada* ó las playas de Pórtici; el mueblaje, la ornamentacion, las brillantes chucherías de sobremesa, con que embellece los salones de sus *amateurs*, tienen su lenguaje, su fisonomía propia. Fortuny escribía á su amigo de Beaumont refiriéndose á unas espadas: «¿No es verdad que estas antiguas hojas cuentan la historia mejor que un libro? Para mí, charlan á cual mejor.» Lo que él sentía á la vista de determinados objetos, lo hacia sentir á los demas en la copia.

No parece difícil deducir de lo dicho hasta aquí, porque fueron las obras del pintor tan estimadas y compradas á tan altos precios. ¿Cuáles hubieran podido figurar con más ventaja en los suntuosos salones y gabinetes de los hombres de mundo, en los camarines de las bellas, en los ricos museos de los *amateurs* de gusto muy refinado y exquisito? ¿Qué pintor atendió con predileccion más cariñosa á seducir y recrear la imaginacion sobrecitada y ávida de goces, de sus contemporáneos? Aquella pulcritud, no comun, con que se acompaña su amor á la naturaleza, y evita al espectador la menor repulsion y disgusto, desechando en

general, todo asunto ingrato y vulgar, ¿no es la más propia para atraerse el aplauso de las clases cultas? La misma fastuosidad de sus adornos, armoniza perfectamente con la de las habitaciones de los poderosos; un cuadro de Fortuny, colocado en medio de las maravillas artísticas que suelen adornarlas, más que tal, parece un espejo en cuyo fondo van á reflejarse. Luego, Fortuny prohibiéndose la menor intrusion en el campo de los sentimientos y de las ideas, despojándose por completo de toda pretension de persuadir ó conmover, acaba de predisponer en favor suyo á todos, y en particular á los que sumidos en el ocio y el regalo, ó hastiados de la vida, juzgan molesta toda emocion, é inoportuno y pedantesco todo concepto. Y puesto que hoy, con el desenvolvimiento, cada dia mayor, de la vida individual y de sus goces, crece y se populariza el amor á las artes y se hace patrimonio comun y extienden sus dominios é influencia dentro del inviolable hogar, donde nos recrean y sonrien, el pintor que logra estos objetos con la mayor suma de bellezas, sin excitar un solo recuerdo triste, ni herir la menor susceptibilidad con sus opiniones propias, puede estar seguro de obtener los aplausos de todos, y más aún de aquellas clases de los grandes centros, de educacion muy esmerada y artificial. Esto logra Fortuny á maravilla. Cualesquiera que sean sus títulos á la admi-

racion y al estudio de los artistas é inteligentes bajo otros y más elevados conceptos, nadie podrá arrebatarle la gloria de haber fascinado á su época, infundiéndole una suerte de idolatría por la belleza plástica, y creando una pintura de género, nueva y original, á ninguna otra parecida.

